



Concurso
de Cuentos

Julio Cortázar

Falso
Amor
Plástico

Sebastián Paradelo

(emch)^{*}
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Falso
Amor
Plástico
y otros cuentos

SEBASTIÁN PARADELO

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Paradelo, Sebastián

Falso amor plástico : y otros cuentos / Sebastián Paradelo. - 1a ed. - Chivilcoy :
Municipalidad de Chivilcoy, 2021.

31 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4427-13-7

1. Literatura. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Directora de Educación: Profesora Francisca Mazzotta

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Coordinadora de Cultura y Turismo: María del Carmen Ruggirello

Septiembre 2021

Editorial Municipal Chivilcoy

Edición: Daniel Casas Salicone

Diseño y diagramación: Vanesa Vitale DG

Disponible su versión digital en: www.editorial.archivoliterariochivilcoy.com

Impreso en el mes de septiembre de 2021

en la imprenta Rossetti 15, de Gabriel Sosa, en Chivilcoy, Buenos Aires, Argentina

*Perdón mi amor, si esto te dolió
quise morir de amor pero no me salió
quizá solo pienso en mí y en mi bienestar
y sea solo eso lo que me impide amar.
No puedo amar, ¿no puedo amar?
¿O solo no amo como aman los demás?
¿Cómo hay que amar? ¿Hay que amar?
hay que desarmar los preceptos hechos y tirarse al mar.*

Andrómeda, WOS

El amor es cultural, la vida es sexo.

JOSÉ SBARRA

*Ella luce como algo real, ella sabe como algo real
mi falso amor de plástico, pero no puedo
evitar este sentimiento.*

Fake Plastic Trees, RADIOHEAD

*El impulso del amor, llevado hasta el extremo,
es un impulso de muerte.*

GEORGE BATAILLE

ACECHO

Dos adolescentes se comen desde que empezó el show. Él apoya a la chica contra la pared y con una mano acaricia su cintura fina. Con la otra mano sostiene una birra helada, que mantiene su temperatura aún estando dentro del bar. Es la noche más fría del año. La chica cada tanto quiere escapar de la lengua insistente del chico. Mira para el escenario como buscando ayuda. Una banda toca hace cerca de una hora. El chico la observa mientras no lo besa. Parece molesto. Ella mete de nuevo la lengua en su boca.

Toda la gente del público mueve sus cuerpos despacio, de un lado a otro. El paso es casi mecánico. Un pibe, más grande que el chapador, empuja a otro que lo dobla en tamaño y se arma una pelea corta. El grandote, reacciona al empujón y le mete una piña en la nariz, dejándolo en el piso con la jeta sangrando. Algo blanco sale de su fosa nasal derecha. Descansa ahí tirado un momento y luego se levanta. Lo mira al grandote y se acomoda otra vez en su lugar, delante de él, contra la pared. Están apretados.

El chapador solo atinó a mirar de costado y siguió con su tarea. Ella pareció pedir ayuda nuevamente pero ninguna persona le devolvió la mirada, así que se la bancó. En el escenario toca Mi Amigo Invencible. Las luces son verdes y azules, cada tanto rojas. Unas estrellas se proyectan en la pantalla del escenario y cada tanto en el cuerpo de Mariano, el cantante. Nadie salta, tampoco baila. Todos miran fijo y congelados el show.

Todo pasa extremadamente lento. El pibe de la nariz rota descarta líquidos blancos y rojos de su herida; se mueve molesto ante los toques de los demás. Sabe, igual, que es imposible estar ahí adelante sin rozarse con alguien. Además, a nadie parece importarle que él los toque. Pero al de la nariz rota sí le molesta; los empuja despacio, casi imperceptible pero con la necesidad de hacerse sentir. Está incómodo. Decide ir cerca de la barra, donde no hay tanta concentración de gente. Tiene toda la remera manchada de cosas porque se limpió con ella. Le sigue saliendo esa pasta ahora medio rosada. La gente lo mira y hace un movimiento con los

labios, como diciendo “qué va a ser”. Él piensa lo mismo.

Se da cuenta del frío que hace en el bar. Por eso está cerca de la gente. Mete sus manos en los bolsillos de su campera y se aguanta. Mira como hacen todos los demás al escenario. Mariano se chapa al micrófono. Como el transador pero más raro. La gente lo festeja en silencio, con alguna sonrisa corta. Una chica mira al de la nariz rota que nunca advirtió que tiene una fractura. Lleva su mirada al escenario y vuelve a mirar al chico de la nariz rota. Algo le gustó en él. Le hace una seña para ir al baño de varones.

La chica es un elfo. Tiene la piel blanca y el pelo casi blanco, peinado raya al medio. Sus dientes son brillantes y grandes, tiene una dulzura empalagadora. Sus ojos marrones son grandes, muy grandes. Pareciera no tener párpados. Pero los tiene porque cada tanto parpadea. El chico de la nariz rota se había asustado hasta que lo hizo.

Entran a uno de los baños. Ella lo besa y su cara se tiñe de rosa. Él la mira sin entender muy bien lo que está pasando. Es un pibe común y corriente, salvo por su fractura en la nariz. Ella ríe y él se vuelve a asustar. Esa sonrisa blanca con esos ojos enormes daría terror a cualquiera. Luego se le pasa, recuerda que enfrentó hace minutos a un grandote.

La chica de los ojos enormes mete su mano por debajo del pantalón del chico y empieza a pajearlo. Luego apoya sus rodillas en el piso lleno de agua, orina y otras cosas, y se mete su pija en la boca. El chico sigue sangrando y con una mano se toma la nariz y mira para arriba. La luz amarilla parpadea. Alguien golpea la puerta y la chica se levanta, agacha la cabeza y se va. Con su sweater rosa se seca la boca y se escapa del baño. El chico de la nariz rota se da vuelta y orina. Otro joven espera afuera. Se cruzan miradas y sale.

Desde el escenario todo parece una foto. Todo está quieto y en silencio en el campo. Salvo algunos casos puntuales donde, de igual modo, todo sucede en mute. El ruido está arriba, donde una banda de indie mendocina está presentando su nuevo disco.

Una chica viene a los tumbos con un flaco alto y de rizos rubios. El pibe está perdido, pasado. Ella lo sostiene como puede. Se chocan gente

en el camino y ella ríe. El flaco parece tener ganas de vomitar pero la lleva bien. Las arcadas son solo arcadas y él se ríe cada vez que tiene una.

Salen del tumulto, el flaco tropieza y justo un loco lo llega a agarrar antes de que choque sus rizos rubios contra el piso. La chica que lo llevaba sigue divertida y casi se cae también. El chabón que lo salvó de caer no sabe qué hacer con él y lo acompaña a la puerta. Lo deja con los patovicas. Pensó que la piba lo conocía pero parece que no. Al rato el flaco alto y de rizos rubios vuelve saltando y saludando a la gente que le devuelve el saludo.

Unos pibes abrigados hasta la médula sacan su DNI. En sus manos pican la cocó y la separan en tres líneas casi iguales. Toman un billete de cinco, todo arrugado, y hacen un canuto. Cada uno le da un saque rápido. Levantan la cabeza y aplauden al tema que acaba de terminar. Guardan todo. Unas pibas al lado están del orto. Miran perdidas las luces que salen desde el techo: son naranjas ahora. Sus ojos son más pequeños que los de la piba elfo, pero están más dilatados. Una de ellas se agacha. Cierra los ojos y mete su cabeza entre sus piernas. Su amiga la observa un toque y vuelve a lo suyo. La chica cae para atrás y casi tira a los pibes que recién olían su DNI, que solo se mueven un poco y siguen en la suya. La piba se levanta despacio. Se recompone. Cientos de personas la están pasando bárbaro.

El show termina. Mariano da las gracias por bancar “este experimento”, así lo llama. La gente se queda esperando unos minutos porque el telón no se cierra y quizás la banda, haga eso que hacen todas: irse un toque y volver. Pero no. El telón se cierra y la gente asume que terminó. Difícilmente se vaya a dormir porque algunas de las drogas que consumieron tienen efecto duradero. Salen tranquilos hacia afuera donde el frío es aún peor.

Por suerte no sienten el efecto de las luces de la calle. Todo está oscuro, como en el bar. Se ve que, en el barrio, hubo un corte repentino de luz. La pibada se dirige por diagonal para el lado de plaza Rocha, a pocas cuadras del lugar. El chico de la nariz rota camina cerca del grupo de la

chica elfo, aunque parecen no recordarse. Ella pregunta dónde se puede comprar más frula. Alguien queda en averiguarle y manda un mensaje desde el celular.

Los autos apenas pasan a esta hora. Es domingo, de madrugada, y la gente parece estar durmiendo o en algo parecido. Una chica, amiga de la elfo, grita despavorida. Está toda mojada y sale humo de su ropa.

—Me quemó —dice repetidamente.

La gente a su alrededor comienza a sacarse sus abrigos y apoyárselos en sus hombros. Tiene espasmos y su cara luce roja, con alguna quemadura menor. La banda de pibes mira para arriba, no entiende qué pasó. De repente vuelve la luz y quedan aturcidos. Son más de 50 por lo menos. Toda gente que salió del show, parada en la esquina de la plaza.

—Vayan a dormir monstruos. No molesten a la gente de bien —grita alguien y no sé sabe bien de dónde.

La chica que andaba con el transador se suelta de él y se marea con la luz de una moto que viene a toda velocidad. Pisa mal el cordón y cae en la calle. La moto la esquiva con la primera rueda pero le pisa los talones con la segunda. La piba grita. El motociclista se pierde tocando bocina. Los chicos re duros se miran sin entender nada. Se sienten perseguidos, como si algo los estuviera acechando.

El transador ayuda a levantar a su chica. Ella tiene un moretón a la altura de sus tobillos. No puede estar parada, se quiere sentar pero los chicos re duros dicen que hay que avanzar, entrar a la plaza y quedarse ahí. Es más seguro, dicen. Todos hacen caso sin chistar. Necesitan alguien que tome decisiones. La luz en la plaza todavía no volvió. La chica elfo corre y se cae. En la oscuridad siente pasos y se mete debajo de un banco de madera. Un perro le ladra fuerte en su oído. Aprieta sus manos en su cabeza y pide ayuda. El chico de la nariz rota acude a ayudarla. La saca de abajo del banco y corren de la mano sin saber hacia dónde. Alguien les chista. Un grupo de jóvenes está escondido detrás de un árbol.

Desde uno de los caminos de la plaza, oyen el sonido de un pedaleo forzado. Un joven se dirige en bicicleta hacia el centro, pasando cerca del árbol donde uno de los grupos de chicos se esconde. No lo ven. También

dejan de escucharlo. Nuevamente se oye una bicicleta acercarse. En realidad parecen muchas. Otra vez silencio. Del árbol caen algunas ramas con hojas y piedras. Una da en la cabeza de un pibe de no más de 17 años que queda tirado en el suelo. Los demás también se apoyan contra la tierra húmeda y fría con sus manos en la cabeza. Un grupo de pibes más grandes, se entrelaza de los hombros y los protege.

—Hijos de puta —grita uno de los ciclistas y se los escucha irse. El viento se queda zumbando unos segundos.

Asisten al lastimado que tiene un corte en la cabeza. Intentan cubrir la zona que sangra con un pañuelo, iluminando con un celular.

—Tenemos que perdernos solos. Cada uno separado, vaya a su casa. No miren atrás —dice la chica elfo.

—Me da miedo —grita la chica quemada con agua hirviendo.

—Hagamos una cosa: cuando lleguemos a nuestras casas, hagamos sonar la alarma del auto más cercano —expresa la chica del moretón en sus tobillos, que tendrá que ser llevada por su chongo porque no puede caminar.

—Pero nos van a matar.

—Hoy no — dice el chapador.

—Solo hagan algo para que el auto suene —se suma al plan la chica elfo.

No sabían sinceramente si el plan iba a funcionar. Vivían en lugares muy distantes unos de los otros. Cuando alguien llegara, si es que lo hacía, otro todavía estaría lejos. Pero quizás escuchar el bullicio, los anime a seguir corriendo.

—Es como un recital. Estamos solos y juntos a la vez —dice el chapador ante la mirada amena del grandote que le rompió la nariz hace un rato.

—Hagámoslo —cierra el grandote.

Cada uno de los jóvenes enfiló hacia direcciones diferentes. Un grupo tomó el diagonal 73 para el lado del Mondongo y Berisso. Otro, siguió por calle 7 para el lado de Villa Elvira. Un grupo más chico hacia Plaza San Martín.

La chica elfo fue la primera en llegar. Vivía cerca de la Rocha, a cuatro cuadras. Vio un auto en la esquina de su casa y bajó su puño fuerte contra el capó. En un instante la alarma empezó a chillar. Corrió con la llave de su casa en la mano y abrió la puerta. Luego se acostó y esperó. La alarma sonó dos minutos, no más. El tiempo, calculó, en que los dueños se levantaron de sus camas para apagarlo. Contaban con eso. Con el silencio de vuelta volviendo a sus casas. Pero sonó otra y se escuchaba cerca.

Parecía un terremoto o una amenaza de bomba como en tiempos de guerra, solo que son cosas casi imposibles en esta zona. Muchos autos de la ciudad sonaban. Pasa que el mismo ruido, hace prender otras alarmas. Que genialidad, pensaron, en sus camas calentitos, mientras bajaban de su locura. Iban a tardar en dormir igual. Fue una noche extraña y la pasaron bien. Siempre la pasan bien.

—Pendejos de mierda.

—Los vamos a hacer cagar —gritaron voces indistintas.

Las alarmas sonaron toda la noche.

LA MIRADA DE LOS PERROS

Hay personas que viven porque no tienen otra cosa que hacer. Omar es uno de ellos. Su edad no le permite trabajar como se lo requiere; junto a su hermano menor, tienen un negocio de electrodomésticos y algunas cargas son muy pesadas para su anciano cuerpo. A Omar, le han prometido cosas toda su vida y aún sigue creyendo. Como cree en Adelina. La mujer que ama, que, según describe, es la más hermosa de su vida.

La detalla como rubia, alta y siempre pituca, pero sobre todo con un detalle que tiene la importancia que él le da cuando habla de ella: “tiene capital”. Así dice, porque esa palabra le hace justicia a su condición. Adelina tiene mucha plata y casas en distintas ciudades. A las que alquila, pero estaría dispuesta a regalar al amor de su vida y sus hijos sin que se lo pidieran. Esa es la promesa por la que los perdió para siempre.

A Ramiro y Micaela les prometió la promesa de su pareja: una casa para cada uno. ¿En dónde? En otra ciudad. ¿Cuál papá? Ella dijo que lejos de acá y que son verdaderos palacios, contó Omar. Los queremos ver, dijeron ambos hijos. Pero nunca tuvieron oportunidad. Ramiro y Micaela jamás volvieron a Chivilcoy. Pagan sus alquileres en Capital con sus trabajos. Con Omar no volvieron a hablar ni él tampoco los buscó. No sabe cómo explicar las promesas incumplidas. Es que, Omar también es una víctima de Adelina o de su fantasía. Nadie jamás vio a esa mujer cerca de él. Solo escuchan el sonido de su teléfono y lo ven mientras se escabulle del negocio puertas afuera a hablar. Ven sus ademanes que pronto mientan y se apagan, y Omar agacha la cabeza y son minutos de su silencio y su oreja prendida al celular.

Unos perros, que paran en la vereda de la tienda, acostumbran a dormir todo el día. Pero sucede algo extraño cuando Omar sale corriendo y exclama gritos primero y después dulces compasiones a su teléfono: los perros se paran y lo miran. Perros viejos, realmente muy degradados, pero que por arte de algún artista desconocido, se ayudan a levantarse con la pared y lo miran mientras habla o hace que habla, el tiempo que

sea. Los perros miran a Omar y esa situación podría ser escena de cualquier película o proyecto de investigación de cualquier veterinario.

Omar siempre se queda a dormir la siesta en la tienda de electrodomésticos. Él es viudo. Luego de la pérdida de su mujer, salió con otra pero las cosas no funcionaron. Aún así, hoy vive con ella y su hijo, que no es de él y tampoco lo quiere. Omar perdió todo porque es jugador y apostó hasta su casa. Solo le queda el negocio, en donde su hermano le ofreció trabajar por insistencia de sus padres, para que no quede en la lona. Pero es una carga.

Los lazos familiares solo unen un vínculo que si fuese por la actividad laboral, ya se hubiese despedido antes de empezar. Sucede algo entendible y asqueroso con las relaciones familiares: las personas aguantan situaciones que con otras personas, por fuera de su parentesco, no tolerarían. Es más, se guardan secretos en nombre de la familia. Algunas se dividen por causas que producen una fuerte discordia, pero aún así, siempre la premisa es la unión familiar. Las reuniones familiares, las fiestas, los cumpleaños, el padrino, la madrina, el tío, la tía, los primos. No importa si alguno es un abusador o una tía le vende paco a los guachos del barrio. Lo que importa es la familia. Entonces, ante esas reglas fundamentales y estructurales, hay que dejar pasar algún muerto y algún culo roto por la mesa y sonreír, mientras el tío cuenta los chistes pedorros que le cuentan en la federal mientras torturan un guacho y le mira el culo a su sobrina y su mujer le da un golpecito en el hombro, todo mientras cumple años el nene que admira al boludo ese y pronto se va a convertir en él.

A Omar, la familia le salvó la suerte. Esa que nunca tuvo en el juego y por eso perdió todo, pero por suerte- justamente-, su hermano cedió ante el reclamo justo y amoroso de su madre. Que tu hermano sea tu socio en la tienda Rubén, no lo dejemos en la lona, démosle una chance, dijo su madre. Y así fue, pero Omar ya no tenía fichas en esta tierra. Los perros esperaban como los buitres el último suspiro de sus presas.

Omar ni siquiera come casi. Siempre se lo ve paseando con su pava gris y su mate azul por entre los televisores y lavarropas del negocio. Con la yerba flotando grande y verde y el humo haciendo saltar la tapa de la

pava. Pero él contento en su infelicidad eterna. Cuando hacen pedidos de cosas grandes, Omar no puede llevarlas; uno de los chicos mucho más joven, se encarga con Rubén. Omar los espera tomando mate. Es casi lo único que hace. Hablar y hablar. Pasear y pasear. Así se gana la vida o la muerte, más cerca la última que la primera.

Una tarde, cuentan los empleados de la tienda, que cayó una mujer rubia y alta, con el pelo atado con anteojos negros, y una cartera dorada con lentejuelas que parecía de La Salada, pidiendo una serie de cosas para su casa, que decía, estaba por estrenar. Entre ellas, un televisor, un microondas y una heladera. Los encargó y prometió en esos días pasar a retirarlos y pagar. Cuando Rubén terminó de anotar lo pedido y preguntó su nombre, la mujer se había evaporado. Nunca más apareció. Ni a los dos, tres ni quince días. Omar dice que al final los compro en otro lugar. Según él esa mujer era Adelina. Pero esa mujer nunca preguntó por Omar, ni le mando saludos, ni él mismo avisó que iba a ir a la tienda. Los chicos de ahí creen que Omar aprovechó una situación que no se da regularmente pero pasa a veces, para mostrarle a aquellos que Adelina existe. Pero un día lo vieron salir del bingo con una mujer y algo cambio.

No eran chicos muy habitués del juego, pero una parte del bingo tiene un bar. Lindo para tomarse unos tragos a mitad de semana donde los bares están vacíos. Sí, es un antro señorial, tanto más por las edades que por la plata. Ese miércoles lo vieron a Omar salir con una mujer. Solo alcanzaron a verlos de atrás. Omar, tan fácil de conocer como tan difícil de esquivar, pero esta vez no los vio y para ellos mejor, porque necesitaban analizar la situación sin que se entere.

Parecía la misma mujer que un mes atrás había visitado la tienda. Sí, parecía ella o cualquier mujer rubia. Doblaron en la esquina y se perdieron. Lo importante no es si era ella o no, es que alguien ocupaba la figura femenina en la vida amorosa de Omar y eso era todo un milagro con la torpeza de su andar. Es difícil hablar de amor sobre un tipo que ha perdido todo tránsito de sangre por sus venas. Pero aún en la misma mierda en la que se revuelve, de esperar a alguien que se fue y no volverá, en un trabajo que lo mata como el cigarro, despacio y fuerte, el amor

puede ser un deseo, un relato o también una bocanada de aire al salir del agua.

Esa mujer se empezaba a crear en la mente y no solo en la idea alrededor de Omar y ese viejo, comenzaba a ser respetado, a ser mirado, como lo miran los perros.

Los perros pueden detectar movimientos más sutiles que los humanos. Su olfato es diez mil veces, mínimo, más fino que el nuestro y su oído escucha frecuencias que para nosotros son imposibles de oír. A los humanos nos cuesta percibir lo paranormal porque lo negamos y racionalizamos. En cambio, los animales reaccionan ante los cambios en su realidad inmediata. El parasicólogo norteamericano, Robert Morris, utilizó animales como controles en sus experimentos durante los años sesenta. En una ocasión visitó una casa en Kentucky en la que habían ocurrido muertes violentas. El experimento lo hizo con un perro, un gato, una rata y una serpiente de cascabel. El relato de Morris dice:

“Cuando hicimos entrar al perro a menos de un metro dentro de la habitación, empezó a gruñir a su dueño y volvió a salir por la puerta. De ningún modo pudimos evitarlo y además, se negó a entrar de nuevo”.

Con el gato y la serpiente pasó algo parecido. El primero, que entró en los brazos de su amo, saltó sobre sus hombros, clavándole las uñas y se fue debajo de una silla, bufando a otra que se encontraba vacía en la esquina de la habitación. La serpiente de cascabel, también se puso de frente a esa silla y adoptó una postura de ataque hacia la misma. La rata, fue la única que reaccionó de forma apática. Los mismos animales son llevados a otra habitación y se comportan de modo natural. Por eso es normal que nos preguntemos qué miran los perros cuando miran fijamente lo anormal en la normalidad.

Una noche Omar esperó hasta que terminó. En una bolsita tenía algo de ropa que iba a llevar a la casa de Adelina. Una campera, una remera y un pantalón. Era una bolsita de supermercado. Omar dijo que ella prometió pasarlo a buscar. Su ex pareja, con la que vive, cuenta que

Omar esperó toda la noche sentado en el sillón con la bolsa en la mano, mirando hacia la ventana un coche que nunca llegó. A la mañana al despertar, su concubina, no pudo evitar lagrimear al ver a ese hombre sentado todavía con la bolsa en la mano mirando por la ventana. Ese puede ser el cuadro más triste que una persona puede ver: una promesa disparando a la esperanza de que todavía hay algo que queda. Que la vida no se enojó del todo, que un hueco de luz dejó aún para los equivocadores seriales.

Omar ese día fue a trabajar sabiendo que era el último. Los perros se levantaron para oler el peso de su cuerpo muerto. Esa mañana no cebó mates aunque nadie se lo pidió. Dijo que no estaba de humor y tiró alguna rezongada sin fuerza para que dejen de molestarlo, aunque nadie lo hizo. Con el tiempo, se supo de la anécdota de la noche de la espera con una bolsa con ropa, así la llamaron, y Adelina volvió a ser un fantasma. Un deseo, un anhelo, una esperanza de un viejo que todavía caminaba porque le quedaba algo de electricidad en el cuerpo. Como las lombrices cuando las cortan o las gallinas cuando las decapitan, que corren sin cabeza. Omar siempre fue una gallina, nunca pudo enfrentar la muerte con vida, entonces la vivió muerto. Ese mediodía, se acostó en la tienda a dormir la siesta más larga que alguien podría dormir y eso que en los pueblos se acostumbra a dormir mucho.

RÍO ANCHO

— Ey Santi, ¿y las naranjas? —pregunta Brian.

— Son venenosas —responde Tomás.

Atrás de ellos, unas rocas se amontonan caprichosamente entre los yuyos. Es El Paraíso, bajo el Dique el Cajón. Juegan, mientras miran unas avispas.

Un fino río se escurre en las rocas. En algunos tramos es más ancho y el agua parece estancada. Las algas flotan y se mueven al ritmo de la corriente. Un perro salchicha marrón que se soltó de la correa de su dueño, corre a unos gansos. Este, lo sigue desesperado detrás, cruzando el río una y otra vez. Los gansos se organizan para defender al miembro de su manada que quedó expuesto a los ladridos de cerca del perro. Gritan y sus lenguas salen lejos de su pico naranja mientras levantan sus alas en forma amenazante: el ganso es tres veces más grande que el perro. No se va a atrever a morderlo. Alguien pisa la correa y cada persona vuelve a lo suyo. Un par aplauden.

Un padre con su hija se escuchan gritar donde el río parece chocarse con una sierra y complicar el camino. Se los oye libres. Parecen divertirse jugando con las rocas. Unos chicos meditan en una piedra enorme a la izquierda. Un joven estira y se mete entre sus propias piernas. Alguna mariposa blanca gira a su alrededor, como esa gente que quiere ser vista pero menos ruidosa. Son más tolerables que las moscas que se ensañan con la suciedad o dulzura, depende el caso. Hormigas de distintos colores trabajan cerca del agua; a unos chicos se le mojan los libros con un termo mal cerrado en una mochila.

Para llegar ahí, un grupo de jóvenes, bajan desde el dique. No hay camino, así que deben ir esquivando rocas y pastos altos. Tendrían que haber vuelto hasta la entrada del “Complejo el Zapato” y tomar el camino de tierra. Aunque esperaban ver alguna víbora, se conforman con un par de lagartijas.

Se hace de noche y desde el río, se pueden ver todas las estrellas

que existen, salvo donde cubren las sierras. Sienten el hilo de agua mojar las piedras cerca de sus pies. Prenden un faso y beben fernet en un jarrito. Hablan de Egipto, del origen de la humanidad, la construcción de las pirámides. Hasta que pega la paranoia.

No están solos. Otros grupitos de chicos están en esa. Los identifican por sus voces, la luz del cigarro o la linterna. Ellos se encuentran más cerca del camping, en la parte seca del poco río que queda. Mientras tanto, la noche está en el río: no se ve nada.

Alguno desliza la posibilidad que, a alguien de esos grupitos que están más lejos, se le ocurra tirar una piedra a la parte más ancha del río: en donde están ellos. El miedo los atraviesa. Piensan que, si una piedra los alcanza, si llega a alguna cabeza, el lanzador, que no los ve, no tendría la culpa: ellos harían lo mismo si se encontraran en la parte seca, pensarían. Si les pega, comenzarán a sangrar y luego se desmayarán, ahí, en la oscuridad.

Sus manos están detrás de sus cabezas agachadas. Se cubren y se esconden detrás de piedras grandes. Se ríen, de los nervios. Saben que exageran, pero es algo que puede suceder. Se van. Están en peligro.

En el camino, saludan a unos niños que ven con la linterna.

— ¡Mirá lo verde que es esa! —suelta Tomás, agachado cerca de la orilla, donde el río es más ancho.

— No la veo. Está muy oscuro —responde Brian—. Volvamos al camping. Tengo miedo.

— No seas cagón, Tomás, ¿tenés miedo de que te pique una avispa o de ahogarte en el agua? Está re bajito acá.

Se oye el sonido de un golpe. Algo parece caer en las piedras arenosas. La avispa se espanta y vuela lejos.

PING-PONG

La historia transcurre en Merlo, San Luis, en un camping cercano a las sierras. Más allá de ellas, no hay nada o lo mismo pero repetido al revés. Otro Merlo San Luis y otro camping y otras nenas que no se conocen. Aunque quizás de ese lado el cuento tenga un final feliz.

La familia de Cecilia es abogada. Sus padres tienen un estudio jurídico: Estudio Perrullo. Ambos se conocen desde que empezaron a vestirse bien para ir a la Facultad. En cada cena, o almuerzo, repiten que se casaron en el civil con la misma ropa que usaron al pasar la primera vez por esas columnas enormes en Derecho. Lo cuentan con orgullo.

Tuvieron una hija al tiempo de casarse que recibieron como cualquier caso. Hicieron los trámites pertinentes: se mudaron juntos, se compraron un coche y después otro. Abandonaron sus trabajos de recopiladores de expedientes de algún cuatro de copas de Tribunales y se pusieron su estudio. En principio con plata de sus padres, también abogados, y luego, una vez que su amigo conductor de televisión les hiciera propaganda en su programa, la cuenta bancaria se fue llenando sola.

Cecilia tiene once años y poco tiempo para vivir. Su colegio es el más importante de la Capital. A las ocho menos diez su padre la deja en la puerta y doce y diez del mediodía la pasa a buscar. Cecilia, a penas entra, entra al baño para soltarse el pelo y la pollera azul Francia que se sube lejos de las medias. De la mochila, saca un rubor y un pintalabios que dibuja sobre su cara algo que despierta en su cuerpo. Antes de salir del colegio, repite la visita al baño para borrar los restos de maquillaje y que su padre la vea como lo que es: una niña.

Después del colegio, Cecilia tiene un almuerzo recalentado y rápido para llegar a veces a gimnasia y otras a sus clases de danza contemporánea. Tiene un celular desde los diez años que le regalaron sus padres para su anterior cumpleaños. La condición fue que ellos sepan siempre donde está. Para esto, debe pensar Cecilia, ni necesitaban comprarlo. Cecilia no hace nada por fuera de la rutina armada por sus padres. Aunque

le está encontrando el gustito al breve tiempo de soledad que tiene en las noches.

Su cuerpo empieza a soltarse y descubre cosas hasta ayer desconocidas. Se saca fotos con la boca en punta para subir a sus redes; va de compras, acompañada de su madre, y se prueba remeras escotadas. Se ve en los probadores sus todavía pechos incipientes. Cecilia imita a las Instagramers, sus poses, sus cuerpos perfectos.

Comienza a sentir entre las piernas deseos de comerse el mundo y su mundo termina demasiado temprano. Entonces se acuesta, se hace la dormida cuando su madre pasa por su cuarto y desliza un “buenas noches, Ceci”. Prende el celular debajo de las sábanas y le da de comer al mundo que despierta adentro suyo.

En el camping donde se hospeda Cecilia con su familia hay un ping-pong. Ella cree que no puede haber vacaciones más aburridas. Se queja porque la señal es mala, por el viento, los mosquitos. Frente a la mesa de ping-pong, agarra la paleta y la pelota y hace jueguito, mientras espera que el viento de Merlo se tranquilice y le muestre algo verdadero. Creía, antes de venir, que en Merlo estaría lejos de toda la mentira, de esos días repetidos de rutinas amargas y cola de caballo. Jugá, dale, le dicen desde el otro lado de la mesa. Nunca lo había hecho. En su colegio siempre jugaban al vóley en sus clases de gimnasia. Quien la desafía es una nena, con el pelo negro suelto y enredado y unos ojos verdes de serpiente venenosa que la miran con ganas de picarla y sí, piensa Cecilia, pícame por favor.

Sabes jugar, preguntó Cecilia desafiante mientras le alcanzaba la pelota con la mano y la nena supo que era ella la que no sabía nada de ese deporte. Me llamo Sofía y estoy en la cabaña de por allá, dijo apuntando con el dedo a su derecha, detrás de los baños. Cecilia la miraba mientras giraba la paleta con una mano y con la otra tiraba de su chicle. Le gustó encontrar a alguien de su edad en ese lugar tan feo. Todavía no sabía qué tan lindo puede ser algo que no pueden comprar ni alquilar sus padres.

Sofía ayuda en el camping. Es nieta de la dueña y tiene una cabaña para ella y su mamá separadas del resto de los turistas. También son de

Capital como Cecilia. Apenas comienza la temporada de verano rajan para Merlo. A Sofi le viene bárbaro hacerse unos pesos mientras limpia algún baño, sirve algún café y anota a algún visitante. Tiene una simpatía tan extraña como deliciosa. Sofía tiene trece años y sabe que impresionó a Cecilia de inmediato, algo que sucede regularmente con los chicos que visitan el lugar. Eso le permite, y le encanta, que Cecilia sea su Robin. Quiere que la siga a todos lados, mostrarle tantas cosas; quedarse dormidas en el arroyo mirando las estrellas, por ejemplo. Pero todavía es pronto para eso. Están jugando un partido de ping-pong que no importa mucho el resultado pero sabe, que después de eso, se contarán de dónde son y hablarán de los chicos de sus colegios y lo que odian a sus padres y el sushi. Cecilia, mientras le erra a la mesa con la pelota, piensa que sus padres tomaron una buena decisión al venir aquí porque Sofía... ella transpiró mucho con el partido y sus axilas se mojaron y esa agua siguió un curso hasta sus pechos florecidos y quiere seguir ese camino hasta el final. No importa dónde termina.

Los días en Merlo son raros. A veces lo raro es todo un mérito, acá parece surgir sin mucho esfuerzo. Ráfagas de viento se levantan en minutos y una tormenta se desliza por las sierras hasta pararse por encima del pueblo sin que la gente tenga tiempo de guardar la ropa que había colgado para secarse. Para los turistas, no queda otra que meterse dentro de su carpa o ir al comedor. Cecilia y Sofía prefieren lo segundo.

Esa tarde que se conocieron jugaron con las cartas hasta que se aburrieron. Mejor dicho, hasta que vieron llegar a un chico nuevo al camping. Sofía corrió a recibirlo por razones laborales y de las otras. Cecilia fue detrás. Mientras los padres del chico pasaban sus datos, Sofía lo miraba solo a él. A Cecilia le pareció muy obvio y la codeó un par de veces para que se rescate, aunque también lo observaba.

Diego, así se llama, sus padres dijeron su nombre, no sabía dónde meterse de la vergüenza. Sofía ni lenta ni perezosa, después de todos los trámites y luego de que se acomodaran en su parcela, lo invitó a jugar al ping-pong. A Cecilia comenzó a molestarle ese coqueteo constante de

Sofía. En el fondo, sabía que Sofía la iba a dejar de lado por Diego, que era una calentona y que jamás le interesó su amistad. No quiso jugar esa tarde, aunque Sofía le insistió. Diego, al transcurrir el día, se sentía cada vez más suelto.

Por debajo de la mesa, sus pies se enredaron con los de Sofía y Cecilia los vio. Pensó en qué poco tiempo cambiaban las cosas. Hasta ayer estaba sola con ganas de volver a su casa y su rutina de mierda total de escapar de ahí, de ese parque de aburrimiento pero de pronto, llegó una amiga nueva, alguien con quien jugar a las cartas y correr de la mano al arroyo que baña las sierras. Alguien en quien puede apoyar su cabeza en su panza y ella le puede acariciar el pelo y las orejas y mirarla desde arriba hasta los pies sin que ella sepa cómo se detiene en cada parte de sus pechos con su mirada. Pero ahora está en su cabaña, llorando en la cama, levantando el celular para buscar señal y que entre algún mensaje. En este momento quiere olvidar a su nueva amiga.

Las amistades de verano siempre tienen un final. En la cabeza de Cecilia se imaginaba ese momento antes de que llegara Diego como extremadamente triste y amoroso. Ahora veía ese desenlace, sin ella en escena. Los observaba reírse, juntos, de la mano, mientras ella pasaba con su ventanilla baja a su lado y lo amoroso no está arriba de ese auto que se va sino abajo, en Merlo. Pero todavía faltaba para eso. Todavía quedaban unos días de vacaciones en Merlo y ella sabía que debía salir de la cabaña.

Qué haces sola acá, le preguntó Ceci a Sofía al encontrarla en el comedor. Te estaba esperando, le contestó con la ironía que la caracterizaba. Parece que Diego se había ido de excursión con sus padres a las sierras. Esto alegraba a Cecilia que rápidamente se olvidó que había ido a comprar al buffet.

Ayer nos dimos unos besos con Diego, por qué no te quedaste con nosotros, preguntó Sofía. Cecilia sintió en ese momento una mezcla de sensaciones. Por un lado, como podía Sofía ser tan arpía y mala de provocarla, de hacer esos comentarios sabiendo que ella estaba celosa, con qué necesidad. Por otro lado, pensaba que quizás Sofía también quería estar con ella, no solo con Diego. Pensó que Diego no era lindo pero no im-

portaba, que haría cualquier cosa por pasar esos días cerca de su nueva amiga. Cualquier cosa.

Los baños en el camping estaban detrás de la mesa de ping-pong y el buffet-comedor. Las carpas justo enfrente, con una pileta en el medio que dividía ambas zonas. Esa noche, al pasar por el baño de hombres, a Sofía le llamó la atención el ruido de las duchas. Las ventanas eran altas para una persona de su edad que ni en puntitas de pie llegaba a ver. Pero cuando a Sofía se le metía algo en la cabeza era imposible sacárselo.

Le pidió a Cecilia que le haga piccito. Con mucha fuerza, porque es más débil que su amiga, aguantó hasta que pudo colgarse del ventiluz del baño. Se acomodó entre los hombros de su amiga con su cintura bordeándole el cuello y Cecilia sintió que no había fuerza que importe en ese momento.

La tomó de las piernas, lo más arriba posible y acarició su piel nueva y quemada de días de verano. Sofía estaba en otra. Miró la cola de ese tipo, dijo tapándose la boca. Miró a Cecilia de manera cómplice y ella le devolvió la mirada inocentemente. Sofía se acomodó. Se movía sobre el cuello de Cecilia y ella aprovechaba para subir más sus manos y alcanzar su pantalón de jean corto para apretar sus muslos y que no se caiga y que no deje de moverse. Ninguna de las dos hablaba y no había incomodidad en ese silencio, esa aventura que compartían. Alguien gritó, Sofía se desbalanceó y cayeron al piso, al mismo tiempo que estallaron en risas y corrieron hasta el arroyo a seguir riendo y hablar de la pija de ese tipo y las piernas de Sofía y las caricias, hasta que llegó Diego.

Esa noche Cecilia se quedó dentro de su cabaña. Una tormenta fuerte, de esas que se arman en minutos en las sierras, se desató encima del camping. En todos esos días, fue una de las pocas veces que comió junto a su familia; jugó un rato a las cartas y no mucho más. Es que Cecilia nunca quiso ir a Merlo. Su único motivo para quedarse estaba afuera con otro chico. Era más que un motivo para quedarse: toda su vida, intuía, podía medirse en este camping. Su corazón podía explotar de felicidad como de tristeza en Merlo.

Dejó de jugar a las cartas y se le ocurrió ir a ver qué hacían Diego

y Sofía. Sabía que estaban juntos pero llovía demasiado, quizás no. Por la puerta de la cabaña de adelante no la iban a dejar salir sus padres, así que no le quedaba otra que escaparse por la ventana de la habitación. Se apoyó una campera sobre los hombros y salió, corriendo, sin ver porque la lluvia no la dejaba.

Conocía casi de memoria el camino. Cuando llegó hasta la ventana de Cecilia, los vio. Ella estaba acostada encima de Diego y sus manos bordeaban su cuello. Las manos de él le acariciaban la cintura y a veces la cola, mientras se besaban estruendosamente. No se escuchaba, pero Cecilia asumió que era por la lluvia, porque tenían las bocas muy abiertas y las lenguas se golpeaban a una distancia considerable.

Cecilia miraba tranquilamente la salvajidad de esos besos adolescentes babosos. Decepcionada, se intentó escapar, pero las ramas todavía secas que estaban debajo del toldo de la cabaña de Sofía, no le jugaron una buena pasada. Por un instante, la lluvia pareció parar y ese chasquido fue el único sonido de Merlo. Sofía la vio, mojada y venenosa detrás de la ventana.

Al otro día, cansada ya de los celos de su amiga, Sofía le pidió vehementemente que le diga por qué, por qué hacía esas cosas, por qué no la dejaba en paz con Diego, por qué no podían compartirse entre los tres. No aguantaba más la situación, Sofía estaba muy enojada, cansada de los caprichos de su amiga. Cecilia respondió que Diego no era para ella, que no podía enamorarse de un chico que no iba a ver nunca más. Que, en cambio, con ella sería distinto, era su amiga y en Capital no vivían tan lejos, iban a poder verse seguido y hacer pijamadas y quizás dormir juntas, ver una película.

Sin Diego, él no existía, no debía hacerlo, nunca debió haber ido a ese camping habiendo tantos en Merlo, ¡por qué eligieron éste sus padres! Si él no estuviera acá, Sofía y yo seríamos buenas amigas, pensó Cecilia. Qué querés, volvió a preguntar Sofía. Quiero que Diego desaparezca, contestó Cecilia. Diego se va en unos días, dijo Sofía. Pero yo me voy antes, gritó Cecilia. Diego se va a ir antes, vas a ver. Diego no se puede quedar acá, soltó Cecilia antes de salir corriendo.

Esa noche, su última noche, Cecilia sabía que Diego no iba a estar con Sofía. Diego dormía en una carpa aparte a las de sus padres, esto le daba luz verde a su plan. Tomó la linterna y caminó los cinco metros que separaban la zona de carpas de las cabañas. Diego, soy yo, Cecilia, puedo pasar, le preguntó. Diego abrió el cierre y sorprendido lo cerró ya con Cecilia adentro. Quería decirte algo, dijo Cecilia. Ambos estaban sentados sobre la bolsa de dormir y las paredes de la carpa les quedaban lejos. Debía ser apta para más de cinco personas.

Sofía está enamorada de mí, solo está con vos para darme celos. Quería que lo sepas, así no te ilusionas con ella, bueno, igual no se van a volver a ver, dijo Cecilia disfrutando cada reacción en su cara. Diego pareció en ese minuto nunca haber estado seguro de nada en su vida y solo atinó a agachar su cabeza mientras Cecilia lo abrazaba victoriosa. Salió sola de la carpa sin que Diego dijera absolutamente nada.

La luz de la luna iluminaba todo. Las sierras se veían tan grandes detrás de la cabaña de Sofía y ella la esperaba sentada en la puerta. La abrazó y la besó en el cachete, para después mirarla al pozo que se le hacía cerca de sus ojos y tantear su boca. Sofía no entendía nada.

Diego tiene novia, me lo acaba de decir, soltó Cecilia. Sofía mostró una faceta que nada tenía que ver con su actitud ante la vida. Se desvaneció sobre los brazos de su amiga, mientras lloraba al ritmo de un bebe. Cecilia la llevó agarrándola por debajo de los hombros hasta su cama, sus padres no estaban y sabía que era por fin la oportunidad para matar de una buena vez a Diego de su corazón. Entonces lo lamió, y así cada órgano roto hasta llegar a su boca. Nunca había besado a nadie, solo practicado con su brazo. Sus lenguas se entrelazaron, mientras Sofía lloraba y a Cecilia eso la excitaba. Durmieron juntas, con el brazo de Cecilia en el pecho de Sofía y su cabeza respirando en su cuello.

Pero a la mañana Sofía estaba sola. Miró el techo y pensó que no podía haber sido un sueño, que odiaba a Diego y que pronto se iría también su amiga Cecilia. No sabía cuánto había dormido porque el celular estaba apagado y por eso no sonó el despertador. Se levantó, con el pijama puesto, y vio a Cecilia subirse a su auto. Le gritó, mientras corría, pero

nunca la escuchó ni menos la alcanzó. Solo pudo ver la parte de atrás del coche mientras se iba para siempre.

Cecilia la saludó con la mano y Diego también. Iba uno al lado del otro en el asiento trasero. Los padres de Diego conocían a los padres de Cecilia por haber trabajado en algunos casos juntos. Ambas familias volvían hacia la Capital; la quincena había terminado. Los padres de Diego le concedieron a su hijo el deseo de viajar con su nueva novia en el auto de su familia.

Sofía se sentó en el camino y rompió a llorar. Miró hacia el cielo con los ojos inundados de lágrimas. Estaba nublado. Una efímera ráfaga de viento se levantó y llenó sus ojos de tierra. Se los limpió y observó sus dedos. Estaban marrones. Solo pensó en ir al buffet para robar algún chocolate y calculó que todavía faltaba un mes para que termine el verano.

MISA ETERNA

Entre amigos siempre hay confianza. Así lo sentimos nosotros, por lo menos. Con Pablo, Fede y Germán, nos conocemos desde la escuela. La terminamos juntos y luego cada uno hizo su vida; Pablo y Fede fueron a estudiar a Buenos Aires. Posiblemente sean los más parecidos de los cuatro. Pablo se recibió de contador y Fede de abogado. Ambos volvieron a Chivilcoy porque odian a los porteños. En cambio, con Germán, nunca nos movimos de acá. Él después de terminar la escuela, no siguió estudiando. Se dedicó a trabajar con su padre en el campo. Y yo tampoco. Siempre vuelvo al cotillón de mis viejos aunque no me guste laburar.

Los chicos me cargan porque dicen que soy un consentido, que nunca agarré una pala en mi vida, que siempre que hice esos viajes locos de mochilero dejando todo, siempre tenía casita para cuando volviera. Yo me enojo pero sé que algo de razón tienen. Tampoco ellos son unos negros, de esos que laburan de sol a sol pero bueno. Me lo vuelven a decir mientras cortamos el tomate y la lechuga porque les cuento que ando planeando otro viaje.

Hoy es noche de chicos, como todos los jueves y nos juntamos en la quinta de Germán, lejos del centro. El Fede es el que se encarga del asado. Los chicos dicen que sabe, yo no tengo idea. Nos ha pasado que hemos invitado a otros pibes, por ahí amigos, compañeros en otro contexto de cada uno, pero no vuelven. No sé si tendremos algo que los excluye, que los expulsa; si quizás nos conocemos tanto que algunos chistes, algunas anécdotas resultan inentendibles, aburridas, ofensivas, no lo sé. Pero siempre somos los cuatro. Es más, cuando hemos tenido alguna novicieta, tampoco. Por ejemplo, Pablo está casado, y si vimos una vez más a la mujer después del casamiento, es mucho. Pablo es reservado con lo suyo, ni en sus amigos confía. La cosa es que con dos kilos de asado y un cajón de birra estamos bien.

Germán consiguió la carne y la birra. Solo, asume siempre la tarea de comprar todo lo necesario y después dividir. También porque es el que

conoce de campo, de vacas. En realidad, lo jodemos un poco con eso. Yo soy el que consigue el porro. Tengo un amigo, muy amigo, que cosecha en su casa y me regala por mes un frasco de flores. Es por eso que nos llevamos tan bien.

Además de por el faso, claro, porque cada uno hace lo suyo. Somos parejos, democráticos y profundamente jodones. Estas cenas son como un ritual. El teléfono se saca por ahí para la selfie que cierra la noche y que documenta que la juntada efectivamente existió. Son horas y horas de hablar de fútbol, de mujeres, de política y sobre todo, de tomar mucho alcohol. A las ocho nos encontramos y a las diez ya nos bajamos medio cajón.

Mientras, Fede cuenta de la última piba con la que estuvo. Dice que se siente zarpado, que ella lo hizo sentir así; que no quiso hacer eso, pero las pibas están sacadas, como irreverentes. Mientras pone más brasas bajo la parrilla, una cae y justo alcanza a correr el pie. Se enoja o ya estaba. Es como que no se puede decir nada viste, cambió todo, rezonga. Germán asiente con la cabeza. A mí me pasa algo parecido en casa, dice Pablo, mi mujer me pide que haga cosas que no me salen. Yo me acuerdo de mi vieja, cómo nos educó y fue distinto. Ni en pedo le pedía algo a mi viejo; ni hablaba, imagínate, tira.

Yo creo que tiene que ver con que ahora está lleno de mujeres en la tele y hay un par de violentos, violadores reconocidos, sueltos para desmarcarme progresivamente. Germán asiente. Por lo general, creo que eso también tiene que ver para que seamos siempre los mismos, pensamos más o menos igual en todo. Están endemoniadas, cierra Fede. No quiere decir que no haya agarradas a veces. Las hay y fuertes; pero quedan ahí.

Un rato antes de comer, nos fumamos uno, cosa de apaciguar y dejar desear a la gula. Germán es el que le da una seca y lo pasa, más por vergüenza que por otra cosa. Me da ganas de decirle “estúpido, ya nos conocemos”. Pero se pone a toser y dice que así ya está bien. Pablo fuma que parece profesional; lo prende bien parejo, lo saliva cuando lo apaga, todo lo contrario a mí. Ahora, yo los armo perfecto, modestia aparte, nunca se traban ni desarman. Fede no tiene tampoco mucho mambo

pero si le quedan en la cabeza; como le gusta tanto hablar, le da secas hasta dejarlo mojado, empapado y queda del choto.

Vieron la luna, pregunta, yo la veo cada vez más cerca. Dejé de mentir Fede, ya te pegó delirio, le contesta Germán conteniendo la tos. En serio, replica, es más, dicen que cuando parece estar así de cerca, pasan cosas raras, tira riéndose. Lo raro era creerle.

El asado y los chorizos, estaban un poco quemados. Claro, Fede se colgó. Igual comimos todo. Nos sentamos en unas sillas tipo de playa que hay en la quinta al costado de la pileta. Me encanta esto; la birra fría con amigos después de comer, escuchando bien alto a Ulises Bueno y mirando el cielo estrellado. Alejarse del centro de la ciudad tiene estos beneficios. El clima, además, no es tan duro de noche, entonces se disfruta. Son los primeros días de diciembre, eso hace que en las quintas aledañas, todavía no haya mucha gente haciendo fiestas y juntadas. La última tuca que queda, la prendo para matarla y veo como bajó el cajón de cervezas. Ojalá esta noche fuera eterna, pienso y se escuchan aplausos en la reja de entrada.

Vine a tomarme unas cervezas con mi amigo Fede, dice un señor mayor que nunca había visto en mi vida. Parece boliviano aunque dice que es chileno. Lo conoce a Fede del barrio, nos cuenta que alguna noche en la que venía para la quinta solo a fumar uno, lo invitaba para hacerle compañía. Willy le dicen y le falta el segundo piso de la dentadura. Tiene una mirada achinada y una boina que tapa su pelada. Se viste como Germán: camisa negra, bombacha de gaucho y alpargatas. Qué hace por el barrio, ni Fede sabe. Esta es una zona de ricos que escapan de la pobreza caminante de la ciudad.

A Willy se le patina al hablar; no sé si está borracho o su estado de ebriedad ya es parte de su personalidad. Por las dudas, cayó con dos birras más bajo el brazo como si se supiera invitado. A nosotros nos vino bien, el cajón ya estaba vacío. Mientras le hacíamos una radiografía instantánea, el Willy ya estaba cantando una payada.

Estábamos tan locos y pasados, que nos costaba seguirlo. Mientras Willy cantaba sus párrafos para la mujer que ama, para los hijos que tu-

vieron juntos y jamás volvió a ver, nosotros no podíamos aguantar la risa. Él nos miraba a los ojos buscando aprobación pero en un momento, los suyos se volvieron desafiantes. No había manera de parar las carcajadas. Pablo miraba para abajo y se agarraba la cabeza cosa que no lo viera. Yo me levanté y directamente me fui, no aguanté. Fede estaba estallado. Pensamos que después de las dos payadas se iba a ir; nos iba a decir algunas cosas, quizás a putear y llevarse la birra que todavía no habíamos tomado, pero no. Willy venía a otra cosa.

Levantó la mano con el índice en alto y tomó la cartera que le cruzaba el pecho. De ahí, sacó un mantel que parecía contener algo. A nosotros nos brillaban los ojos de la risa. Ustedes no me toman en serio, dijo entre el hipo, así que vamos a hacer un ritual. Yo ahí confirmé la teoría que este tipo solo venía a hacernos divertir.

Cualquier cosa que nos propongan en ese momento, era realizable. Probablemente era lo más loco que habíamos escuchado pero nada nos hacía tomar en serio a Willy. Eso parecía motivarlo; a nosotros también. Vamos a hacer un ritual satánico, explicó, en él podemos hacer una de estas dos cosas: peticiones o maldiciones. Hoy es un día para maldiciones. Germán estaba menos loco que los demás y parecía temeroso, como siempre. Agarrado a la silla, vio cómo Willy sacaba cada uno de los elementos que necesitábamos para la misa negra: así le llamaba.

Es extraño cómo un jueves a las doce de la noche, un hombre que no se sabe muy bien dónde vive pero habita este barrio de quintas a las afueras de la ciudad, estuviera con todos los instrumentos encima para realizar rituales satánicos. No podía pensar en ese momento qué artificio del destino había traído a ese hombre acá; no pensaba o no lo quería hacer, si ya todo estaba dispuesto de antemano. La verdad, que yo en ese momento, estaba incrédulo. Por eso contesté lo que contesté cuando preguntó qué maldición vamos a pedir: que esta noche no termine nunca más, dije.

El pentagrama de la estrella invertida estaba en el centro de la mesa. Se llama sello de Baphomet, dice Willy y tiene la cara de un toro o búfalo con enormes cuernos. La música de Ulises Bueno ya no sonaba y las luces

ahora eran de las velas. Son dos: una negra a su izquierda y una blanca a su derecha que representa la mentira de las religiones tradicionales, así explica Willy. Un cáliz, como los de Iglesia, lo llena con un elixir: birra. En ese momento nos miramos con los chicos y todo pareció un poco trucho y divertido al mismo tiempo.

Por último, sacó una campana dorada, la cual quisimos tocar pero nos dijo “todavía no es el momento”. Todo, estaba en una caja de cartón de zapatillas abierta que hacía de altar. Mientras, en un papel, Pablo se disponía a escribir la maldición. En ese momento, el silencio me dio miedo por primera vez en la noche. Odio el silencio y la oscuridad. Odio todo esto pero nunca tuve tiempo de pensarlo, de procesarlo. Y ya estamos acá. Willy se levantó, la camisa negra que llevaba se infló y dijo unas palabras en donde alcanzamos a escuchar algo de Satán y luego nombró a algunos demonios, que los conozco, por alguna película de exorcismo que he visto.

Sonó la campana un par de veces y bebió el cáliz. Ahí sonreímos. Nos había prohibido tomar a nosotros durante el ritual y pensamos, este borracho lo está haciendo de nuevo. Cuando la calma se volvió violenta.

En ese momento pensé que la cara de Germán no estaba tan mal. Desde el primer momento en que vimos a Willy, un borracho que apenas conocía a Fede y sin mucho mediar, ya estaba sentado al lado nuestro. Todo pasó muy rápido; el asado, el cajón, el loco este, el demonio. Y de repente no estamos más solos. Esa amistad que construimos, a veces egoísta, otras hermosa, muchas machista, era intervenida por un psicópata de la calle, que nadie conocía y que nos propuso una locura que nunca pudimos pensar. Éramos parte de un ritual satánico que hace veinte minutos no sabíamos ni que existía, ni todas esas cosas que ese loco llevaba consigo cuando se sumó a esta mesa e hizo sonar la campana y llamó a no sé cuántos demonios que no veíamos pero algo más había al lado mío.

La luna estaba insoportablemente cerca, tanto que quemaba la oscuridad. Y me acordé de Fede y esa pavada de que cuando eso pasa, pueden suceder cosas extrañas. Estábamos en el medio de una misa negra, muertos de miedo; ya no nos reímos más, ya nos miramos con ganas

de que todo esto no hubiese pasado. No entiendo por qué tomamos tanta cerveza, por qué fumamos, por qué dejamos pasar a este loco, nos enojamos con Fede y sus amigos anormales: quiero matar a Willy. Una impotencia violenta y un miedo escandaloso me lleva a decir: es él o nosotros. Y quiero a mis amigos y a mí, este tipo nos va a terminar matando bien no sabemos por qué, pero lo hicimos enojar o ya estaba enojado de antes.

Después de sonar la campana, Willy agarró el papel donde estaba escrita la maldición y lo apoyó sobre la llama de la vela blanca. En dos segundos, ese papel no existió más; Willy sacudió su mano no sabemos si porque se quemó o porque es parte del ritual. Nos miró a cada uno y nos dijo “ya está”. No sabemos bien qué es ese ya está; creemos que no está nada. Entonces Pablo agarró la campana y amenazó a Willy. Terminé esto loco de mierda, le gritó, o te rompo todo. Con una calma inusitada, Willy lo sujetó del hombro y lo acompañó con la otra a dejar la campana en la mesa.

Pablo se sentó de nuevo y pareció no haber pasado nada; ya no estaba enojado. No sabemos qué podemos hacer en estas situaciones. Willy por primera vez se calló y miró sus piernas. Germán me ve, a Fede y otra vez a mí. Al lado suyo hay un cuchillo que nunca levantamos. Germán buscó aprobación. Lo agarró, lo sujetó desde el mango y se dispuso en dirección a Willy. En el trayecto, se le cayó de la mano directamente al piso; lo miró a nuestro verdugo y se sentó sin decir nada.

Hace un rato que nadie dice nada pero sin embargo hay un bullicio muy fuerte. Cuando pienso ahora qué, Willy se levantó de nuevo y esperamos lo peor. Mientras batía la campana, dijo otra frase inentendible; nosotros ya estamos sobrios, todo esto nos limpió por completo. Se terminó, dice. Junta sus cosas antes que podamos entender qué sigue. Buenas noches, y desaparece antes que podamos putearlo, pedirle que no se vaya o matarlo.

Increíblemente no estamos cansados. Después de comer regularmente nos ponemos a jugar un truco; y ya es la tercera partida. Hasta ahora ganamos dos con Germán y perdimos una. Nos extraña que Pablo todavía no se haya ido; se supone lo debe estar esperando su mujer. Pero

entre pava y pava de mate se pasa el tiempo. Nos gusta mucho estar juntos, nadie se quiere ir y eso es bueno. No creo que sea algo que le pasa a todo grupo de amigos. Ya estamos planeando qué hacer después del truco, y después de la pileta, y después de algún juego de mesa que tiene Fede en el placard.

EL REGALO DEL SOL

El cielo se tiñó de rosa en el fondo. Un viento repentino impulsó el choque de las hojas en su vuelo. El chico se sintió raro, como sobrepasado. Como si la gravedad estuviera muy fuerte y lo presionara para el suelo más de lo normal.

Algunas personas pasaron rápido por la vereda; pocas. El barrio del chico no era muy transitado generalmente. Pero ese día era, todavía, más inhóspito. El sol se ocultaba a una hora extraña.

El chico no había podido casi salir de su cama. Las caricias que se hicieron con su amiga, fueron despacio. El sexo fue lento. Sus caras parecían detenidas en el tiempo y en silencio, emergieron gritos ahogados. Fue raro, debió haber sido todo más veloz, porque el sol estuvo menos. Pero no. La cama los enredó en sus brazos desarmados. En las sábanas quedaron sustancias del después. El chico y su amiga, miraron al sol que se iba, aunque ella lo hizo con sus ojos negros, apagados. El sol se ocultaba tan despacio que la agonía parecía eterna y no podían no mirarlo.

El chico no pudo evitar ver, aunque haya sido la última vez. Corrió la cortina naranja que cubría su ventana y penetró la luz tenue escondida entre nubes, luchando por salir. Esta vez sí le dio directo. Desde la Facultad de Veterinaria explotó la poca claridad. Los rayos le atravesaron sus ojos claros, verde serpiente. Ella le dijo, le avisó, no lo mires, te podes quedar ciego como yo. Él le creyó, no dudaría de ella, pero algo lo llevó. La luz lo succionó.

Los autos se escuchaban salpicar algún charco en la esquina cada tanto, cada vez con más regularidad. Todo se hizo de noche porque era lo justo. Era invierno y el horario determinado para que eso suceda. El sol ya no estaba y era normal. Lo que no era natural es que el chico dejó de hablar.

La chica, aturdida y dando tumbos, caminó por la casa que no era suya pero un poco conocía gritando el nombre de su amigo. La respiración la ahogaba en lamentos y en preguntas; en culpa. Ella le había

avisado. Es que ella tenía una ventaja con respecto a él. La chica se chocó la mesa y cayó. En el piso, se tomó unos minutos para llorar. Los párpados estaban llenos de agua, rebalsados. Se arrastró hasta el baño para buscar papel. Sus gritos eran lo único que se escuchaba en la noche engañosa.

Atravesó un escalón que le dio en la cadera. Se tomó con una mano y con la otra alcanzó el papel. Se lo pasó fuerte por sus ojos que, mecánicamente, comenzaban a abrirse.

Vio como una especie de niebla. Se sorprendió. Su cara dibujó una preocupación repentina. La imagen se fue aclarando y pudo ver el papel mojado de sus manos: miró sus manos. Las percibió tan suaves. Se levantó tan rápido como pudo, ayudándose con la pileta, y se acercó al espejo. Sus ojos podían ver. Sus ojos verdes serpiente por fin podían ver. Todo era luz en esos ojos claros. La chica respiró aliviada y se sintió completa.

EL MANIQUÍ

No me gusta la realidad. Siento que necesito hacer cosas para escaparme. Mis amigos me dicen que siempre los pies deben tocar la tierra pero a mí a veces me duelen. Entonces levanto vuelo; recorro un mundo que no es este pero también. Miro mis posibilidades que muchas veces quedan en eso, en meras alternativas irrealizables. Sin embargo, a veces, todo me parece menos homogéneo. Creo poder decidir, elegir, hasta que alguien me dice que no y todo se derrumba. Entro en un pozo del que no puedo salir hasta que me tienden una mano cerrada. Al abrirla, veo un cartoncito. En ese momento me salvan la vida. Suena a mucho, pero en ese instante me sacan de la mierda y parece para siempre.

Me la pongo debajo de la lengua y espero. Sé que lo bueno tarda y esto es demasiado bueno cuando llega. Mientras, suena un disco psicodélico de esos especiales de Youtube. Nada muy original, lo sé. Me armo unos cigarros rápido, tanto que parte del tabaco se me cae encima. Miro el cielo desde mi pequeña ventana. En realidad, miro a un árbol. Uno gigante tapa toda vista que, igual, no es tan buena. Ya las ciudades, de tanta contaminación lumínica, parecen una ficción mucho peor a la que pronto crearé en mi cabeza. No paro de pensar quién pintará esos puntitos blancos en esa cartulina negra y ese círculo gris, a veces lleno, otras medio lleno, y algunas inexistentes; y ese algodón deshilachado. Cómo harán para mover ese algodón y generar viento, a veces agua. Quien sea parece tener todo sabido. Debe estar Tarantino o Nolan detrás de todo esto. Sin querer queriendo, ya estoy viajando.

Mi habitación es puro color: tres paredes celestes y una roja. A veces me siento un nene: me gusta tirar el acolchado en el piso, con las almohadas y acostarme ahí. Como una especie de casa que hacíamos de pequeños con mi hermana, con sábanas y sillas, bueno, pero abierta.

En la pierna, que tengo doblada, me hice un tatuaje de un diablo. Detrás, lejos, aparece la pared roja. El diablo queda tan bien con ese fondo. Al costado, en la parte que da a la altura de mi cabeza en la pared

celeste, se dibujan unos círculos por la humedad. Son como burbujas; las puedo oler, observar, como las que se forman con el detergente. Con las uñas intento pincharlas y pedazos de gotas caen en mis dedos y en el piso.

Justo se escucha en Youtube una canción demasiado lenta. Puedo sentir los golpes del palillo contra los platillos y el ruido que hacen los dedos en los cambios de acordes y no sé si el tema tuvo poca edición o qué. Empieza a hacer mucho calor y la boca se me vuelve cemento. Agarro el ventilador que está arriba del placard y lo prendo con la función en movimiento. No lo recordaba tan alto. Para este entonces, no tengo ningún registro del tiempo; ni de la realidad ni la fantasía. Todo confluye como la niebla con las nubes. Me cambio y salgo. Tengo ganas de tomar una birra.

El camino al bar es corto pero parece un viaje en bondi en hora pico por Capital Federal. No por la gente: no hay a esta hora. Sino por el calor que siento y por lo lento del tiempo. Sin embargo, no estoy ansioso. Se siente bien esto de masticar cada movimiento. Nunca, salvo cuando era chico, me había detenido como ahora, en cada tipo de baldosa. Me pregunto qué llevará a cada familia a elegirlos. Algunas son lisas, otras arrugadas, las hay pinchudas, de distintos colores; algunas veredas ni baldosas tienen, solo cemento y pienso cuánto dirá esto de la personalidad de quien las elige. Construyo una teoría para eso: sin baldosas son personas grises- esa es fácil-. Lisas son las personas que van de frente. Las arrugadas son las rebuscadas. Y las pinchudas son mala gente, como esa que saca la basura y llama un delivery cuando llueve.

En el bar me esperaba una amiga. Ella también coló pepa casi al mismo tiempo que yo, así que no me voy a sentir zarpado. El lugar parecía más grande que otras veces, pero no veía remodelaciones notorias. Hace tiempo que no venía. Cuando me agarran los momentos de depresión, no quiero salir a ningún lado generalmente.

Miramos la lista de birras y vemos que todas tienen nombres ingleses: honey, amber, porter, scottish. Tráeme una miel, le digo al mozo. Me mira y me pregunta qué, mientras las cejas se le levantan casi hasta el comienzo del pelo. Una fucking, le digo, no tenés. Nos reímos con Male-

na veinte segundos o quizás dos, con el mozo delante. Le pedí una honey para salir rápido de la situación y le dije “discúlpame, no es culpa tuya”. En ese momento recordé que yo tengo baldosas arrugadas en la vereda de mi casa.

Hay un mozo que nos hace acordar a uno de los integrantes de la banda Onda Vaga. Por un momento, pensamos, que la ola de escraches que se sucedieron contra la banda por parte de mujeres que sufrieron todo tipo de abuso de su parte, podrían haber provocado una reducción de los shows, ventas de cd y merchandasing y entonces, sus integrantes tuvieron que buscar otros trabajos, como mozo por ejemplo. Después, reflexionamos, sobre la industria de la música, el apañamiento, la plata, los ciegos, los tibios y caímos en la cuenta que no era posible.

También había un saco sobre un banco, bastante lejos de un grupo de pibes. Creímos que otras personas, que ya no estaban, se lo habían olvidado. Era un muy buen saco; no soy de usar esas cosas pero si viene de arriba... A dientes regalados no se le mira el caballo. Y mi amiga, cara rota como la noche, les fue a preguntar al grupo de pibes que estaba más cerca del saco, sin pudor, si era de alguno de ellos. Volvió sin saco y ahora sí con pudor. Carcajeamos un rato, mientras disfrutamos nuestras birras y mirábamos a un chico vestido de marino que nos pareció extraño.

Yo cada tanto, metía mi mano debajo de mi jean por la parte de atrás y ella pensaba que estaba disimulando una rascada de culo. Reímos otro rato. Cuando ya nos sentimos verdaderamente zarpados, salimos a caminar. Teníamos mucho calor y la gente nos miraba demasiado.

Recorrimos calles de la ciudad por lo menos tres veces cada una. Caminamos en círculos buscando kioscos abiertos para comprar latas de cerveza, mientras fumamos un porro que tenía en la billetera todo aplastado. Desde la avenida, visualizamos una ventana con luces y música en un piso cuarto o quinto a la calle. Debatimos un toque si teníamos verdaderas posibilidades de entrar; quizás con la simpatía de mi amiga podría ser, pero yo aún en esos momentos de ácido, me costaba llegar a la desinhibición total, entonces la bajé y seguimos dando vueltas.

Encontramos un kiosco, bastante barato. No sé cuántas latas de

cerveza le compramos, porque cuando miré mi billetera estaba casi vacía. La avenida 60 tenía un surco marcado por las suelas de nuestras zapatillas; por el camino nos llevábamos recuerdos: yo un telgopor y ella una caja de cartón, a los que golpeamos entre sí como si fuese una lucha. Con qué poco nos divertimos.

Después encontramos una serpentina que según ella servía para hacer magia y un gatito blanco y negro muy mimoso al principio pero luego de algunos abrazos se volvió arisco. A nosotros ya nos pintaba esa y nos pusimos a darnos unos besos en el medio de la vereda de un bar para hacer algo distinto.

Al lado nuestro había dos pibes que no habíamos visto antes y que nos compartieron más cerveza y charlamos sobre música y drogas; hicimos una competencia para ver quién tenía los ojos más dilatados y empatamos. Seguimos viaje para ver si conocíamos a otra gente, o encontrábamos alguna birra o simplemente por andar. No podíamos parar.

Al llegar de vuelta a 60, nos llamó la atención un ruido como de algo arrastrándose. Cruzamos por la esquina apurados por el verde del semáforo y nos quedamos en la otra esquina, esperando, a ver si podíamos dar con el causante de ese sonido terrorífico. Dos chicas, por la calle de enfrente, por la que veníamos, llevaban atado a una soga un maniquí. Mejor dicho, su torso.

Iban duras pero seguras, con la mirada al frente. Llegaron hasta la otra esquina y giraron en su lugar; nos dio la sensación de que estaba actuado. Creímos que todo era parte de un documental, un corto en donde estaban representando no sé qué cosa. Atinamos a cruzar para mirar de más cerca pero no nos animamos. Volvieron a pasar por nuestra esquina sin mirar, ni siquiera a los autos ni el semáforo, y a mitad de esa cuadra entraron en una casa arrastrando el maniquí con fuerza y golpeándolo contra los marcos de la puerta. Nos quedamos unos segundos esperando, algo, una explicación. No sabíamos cuán locos estábamos todavía a esa hora; en realidad no sabíamos la hora pero lo que acabábamos de ver era increíble.

A unos amigos de mi amiga que cruzamos, a los que ella les gritó

“están re duros ustedes”, así de la nada y presumí confianza, no pudimos contarles. Pero sí a otros que más tarde chocamos en algún lugar cercano a no sé dónde, le hilvanamos la pequeña historia y me sentí zarpado otra vez. Sentí que todo era una locura, que podían suceder estas escenas tragicómicas con medio LSD en el cuerpo. Pero ellos nos creyeron. No solo eso, sino que argumentaban haber visto algo parecido. Es decir, un torso de un maniquí arrastrado por la calle. Sin ropa ni otras partes corporales. Lo decían convencidos, aún en su ataque de risa interminable, que era realmente contagiosa. Yo, justo ahí, volví a confiar que podía haber pasado realmente.

Eran las siete de la mañana. La noche había terminado pero no el efecto. Con Malena nos habíamos despedido en Parque Saavedra, cerca del bar de su tío. No teníamos más plata para una remis así que yo me fui caminando a casa.

En el camino, murciélagos volaron filosamente cerca de mi cabeza o por lo menos su zumbido. Yo, encima, tenía una remera del Joker, que se sabe, es enemigo de Batman. No pude evitar poner mis manos en mi cabeza; después mis brazos. Cuando pasaba algún auto hacía que rascaba mi pelo, producto de piojos repentinos.

Una cuadra antes de llegar a casa, detrás de una reja, vi a una señora. Me hizo una seña para que me acerque. Me pidió que abriera el candado de su reja, que ella no tenía fuerza para hacerlo. Yo saqué los brazos de mi cabeza e intenté distinguir su cara, en el medio de una oscuridad menguada por una claridad nueva. Me pasó la llave y en dos intentos, logré abrir. Le pasé el candado, la cadena y la llave, y su mano agarró inesperadamente la mía. Mi cuerpo se estiró en ese mínimo secuestro, así lo sentí, tratando de llegar al cordón aunque estuviera tan lejos. Tené cuidado con el maniquí, me dijo. Me solté, creo que ella no estaba dispuesta a hacerlo, y me olvidé por completo de los murciélagos aunque me acordé del maniquí arrastrándose por las baldosas, por cualquiera de ellas.

Dejé atrás a la señora y una parte importante de mi locura en esa escena. Miré las baldosas y traté de no pisar las líneas. Era un juego que

hacía de chiquito y me sirvió para distraerme. También me concentro en los colores, las formas.

Cuando cruzo la última acera, identifico mi casa, estoy a máximo diez metros. Me limpio los pies en un cantero porque había pisado algo de barro. Mientras busco la llave, levanto la cabeza y, en la puerta de mi casa, expectante y natural, está uno de los amigos de Malena, uno de esos que creyó nuestra historia. Al lado suyo, cubierto de sangre, hay un torso. Así, solo, sin brazos ni piernas ni sexo ni cabeza. Cuadrado. Lo acomodó a su lado. Parecían dos personas esperando, no una y un torso. No estás loco, me dijo, yo también los veo.

EL SILLÓN CON OLOR A PERRO

Se sentó. El cuero negro del sillón apenas se hundió. Lo había traído junto con otras chucherías de la calle, pensando que quizás podía serle útil. Pero en realidad también se convirtió en una chuchería abandonada en su patio, al lado de la parrilla. Su olor a perro se mezclaba con el aroma a jazmín. El sillón estaba rasgado en la base y se veía el amarillo de la goma espuma. La sombra lo mantenía tibio en verano. La suerte de tener una medianera alta.

Agarró su libro de psicología animal, parte de una materia que estaba haciendo optativa en la facultad, para darle una leída. Estaba solo. Sus amigos y convivientes, habían retornado a sus pueblos. Sentado en el trono negro, el olor era aún más fuerte. Cualquier artilugio aromático, de esos que se usan ahora para ambientar lugares y equilibrar energías, hubiese quedado sin efecto. Draco se acomodó con su termo y aguantó el olor. Sabía que tenía que hacerlo, que ese sillón necesitaba nuevos olores. Incontables veces lo baldearon pero la posta era esa: sentarse e impregnarle olor humano. Cuando lo hizo, sintió una sensación de abrazo en su panza y en todo su cuerpo, como si lo estuviese esperando.

En un momento sintió unas increíbles ganas de ir al baño pero se propuso aguantar. La palmera movía sus ramas al compás de un viento leve. Anunciaban tormenta para la noche. Draco creyó que faltaba para eso. La luz del sol todavía alumbraba algunas zonas de su patio. Su espalda se pegaba al cuero negro y sucio. Después de apuntar en su libreta algunas notas sobre la lectura y abandonar el mate lavado y feo, sin ganas de levantarse a arreglarlo, se reposó aún más en esa comodidad nueva y extraña. No supo porqué, pero en su cabeza apareció la imagen de ese cachorro que atropelló con su camioneta y dejó tirado. Vivo y nítido, vio la cara del joven dueño por el espejo retrovisor, acercándose al cachorro destruido y volviendo a correr dentro de su casa, quizás para agarrar su moto y perseguirlo. Revivió esa persecución en su mente. Aunque no pudiera precisar si existió verdaderamente, ni antes ni ahora.

Aceleró y dobló en esquinas indistintas con el objetivo de perder la culpa. Pero es como si hubiese quedado guardada en el sillón.

Dejó la camioneta en la puerta de su casa y no pudo dormir. Creyó que alguien iba a tocar el timbre; que alguien iba a destruir su camioneta, mejor dicho, la de su padre. Draco quiso acomodarse mejor pero extrañamente su cola ya estaba bastante adentro del sillón. Se le cayó el mate y la yerba por una abertura del cuero. El sillón estaba extrañamente inclinado como una reposera. Hizo fuerza por retomar la pose derecha. El cielo comenzaba a ponerse rosado y el viento levemente más fuerte, hacía caer los frutos de un árbol de su patio. Justo ahí vino otro recuerdo, como si le explotara en la cara y no tuviera tiempo de poner las manos.

Ese perro, en ese viaje a El Bolsón... Ese caminar al costado de la ruta junto con él, cuando estaba haciendo dedo para volver a su pueblo. Las vacaciones habían terminado. Creyó que el perro iba a volver a la casa de esa familia que les dio hospedaje, que solo lo iba a acompañar hasta la ruta. Hasta que pasó esa moto. Esa manía de ladrarle de cerca a los motores, a las ruedas, a los pies, lo pasó por arriba. El aullido y rengueo lo dejó encima de las rodillas atónitas de Draco. No había nadie más, sólo unas pibas que se acercaron enseguida. Estaban en la misma que él, haciendo dedo. Ellas le dieron agua en la boca al pobre animal.

El perro hacía fuerza para manejar su lengua dormida. Su cuerpo se apagaba. Draco sintió los últimos respiros. El último como una bocanada agónica para llegar al cielo de los perros, si ese lugar existe verdaderamente. Draco leyó de él en un libro de antropología mística. Allí quizás se encontraría con el otro cachorro que mató.

Una de las chicas lloró y se fue. Draco llamó a sus dueños por teléfono y enseguida llegaron. Uno de los nenes dijo su nombre y lo tanteó con el pie. Nada. Se subieron al auto y se fueron. La tristeza no le permitió esperar en la ruta así que se tomó un colectivo directo El Bolsón- Buenos Aires. Cuando pasó por ese lugar, dos horas después, todavía estaba el perro al costado de la ruta, como dormido. Se le cayeron algunas lágrimas, mezcladas con la lluvia que recién comenzaba. En el costado del sillón, en la parte de adentro, estaba escrito el nombre Vitro. ¿Así se

llamaba el perro de El Bolsón?, se preguntó Draco.

El olor a perro mojado era cada vez más fuerte y Draco ya estaba bien hundido. Cada vez que intentaba asomar la cabeza, se hundía más. Sus manos rasgaban el cuero exterior. Sintió el sonido de un trueno. Se asustó.

Días después llegaron sus amigos de viaje.

—Es insoportable el olor. Tíralo a la calle —dijo uno de ellos.

REIKI

“Cualquier objeto de plástico dura más que un amor eterno”.

José Sbarra.

-Siento muchas cosas.

-¿Preciosas?

-Sin precio.

-Gratis.

-Te lo estoy haciendo gratis.

-Hace mucho que no me lo haces.

Acá hubo un recuerdo. Una pausa.

-Me cuesta destrabar el pecho.

-Trabar está bien.

-Travestirse.

-A mí también me cuesta respirar fluido y limpio.

-Como si algo ahí estuviera sucio.

-Me encanta, bien sucio. Pero al aire lo quiero celeste.

-...blanco y transparente mejor sobre el cuerpo.

-Sucio sobre el cuerpo.

Acá hubo otro recuerdo. Algo más caliente que el anterior aunque todos arrancaban desde una temperatura bastante elevada.

-Cuando llegaste a mi cabeza te pedí un beso.

-No te escuché.

-No fue con palabras.

-Ah, de esos...tampoco lo sentí. Si no te hubiese metido la lengua hasta la garganta.

- ¿Será tan profunda como la tuya?

-Quizás. A mí tu pija me armó una familia en mi garganta.

-Hace rato que no los pasa a visitar. Es un padre ausente.

-Digamos que es un sexo, no uno particular. Me la baja pensar en un padre. Yo le digo tu amor.

-Mi amor es mi pija.
-Mi amor es mi concha.
-Y tus tetas.
-Y tu cola.
- ¿Qué pasó entre nosotros?
-El tiempo que tarda en filmarse una secuela.
-Pero antes.
-Nuestros amores dejaron de acabar.
-Y se acabó.
-Se interrumpió.
-Me gusta pensar que cuantas más veces esto acabe, seremos menos tristes.

Asumieron la distancia y se tocaron con las palabras. Tenían tantas y tan hermosas que el orgasmo fue poesía; morbosa y romántica. No pensaron en el acto individual, en lo que implica el egoísmo del sexo. Aun si se volvieran a ver, si eso sucediera, no harían más que amarse a sí mismos.

-Me gustaría verte con un pibe.
-A mí verte mirarnos.
-Digamos que haría más que mirarlos.
-Tendrías todos los agujeros ocupados.
-Están para eso. Para llenar.
-Quiero hacer gárgaras con tu agüita.
-Cuando me la chupes voy a acabar mucho. Mirá si te ahogas.
-Sabés que me gusta lo extremo.
-Hacemos el 69 y nos ahogamos juntos.
- ¿Y el otro chico?
-Tenemos más agujeros.

Hablaron de la próxima aventura. Tocaba una chica en vez de un chico. Acabaron otra vez. Se amaban tanto.

- ¿Me vas a esperar?
-Sí.

- ¿Hasta que todo esto acabe?
-Sí.
-Amo los comienzos y finales, así repetidos en bucles interminables.
- ¿Qué habremos sido en otra vida?
-No sé. Pero intuyo que animales salvajes.
-Yo intuyo que te cacé y después te comí.
-Puede ser. ¿Te llenaste?
-Todos los agujeros.
-Entonces me toca comerte a mí.
-Diste el primer paso. Me cazaste.
- ¿Y si te escapás?
-Lo voy a hacer.
- ¿Por qué?
-Vos lo dijiste. Somos animales salvajes.

TIGRA

Esa noche con Roi... Pocas cosas recuerdo tanto. Nos habíamos empedado. Media cada una, después de tener sexo. Ella me enseñó lo que era una tijereta. Una palabra nueva para mí. Conocía tijeretear, por el pelo, de las veces que me corté el flequillo de aburrida frente al espejo. Pero Roi no solo me enseñó una nueva palabra, sino miles de sentidos.

Nunca me mojé tanto como esa tarde de sábado. Llovía hace días y era la excusa perfecta para estar en la cama con Roi. A ella solo le alcanzaron diez minutos entre mis piernas para que explote. Parecía jugar como una niña ahí abajo y yo gemía que parecían truenos. Después se me puso arriba con una pierna debajo de la mía y se movió lento pero precisa. Era ahí, Roi sabía dónde.

—¿Te gusta, Tigra? —me susurró. No le contesté. Nunca había sentido nada igual y eso parecía estar más allá de todo. Más allá del bien y el mal, el gustar y no gustar.

Recuerdo que siempre le gritaba al Kevin, mi ex, “es ahí”. Pero tonos nacen los tipos. Tenía la boca abierta y la baba se me caía, hasta que me rescataba del pudor. Pensaba que quizás eran las pastillas, que a veces me producían eso. Malditas pastillas de la gente que no me entiende. Y Roi seguía y seguía... sin importarle o siquiera saber, que por mi cabeza pasaban los flashes de la pija del Kevin. Ni que lo extrañara. Asumo que fue el nexo que hace la mente con viejos placeres. Solo quería a Roi en ese momento.

Ella se apartó y pensé que ya estaba. Yo ardía como una pava. Roi sacó un dildo de dos puntas; lo puso en mi vagina y en la suya sin pedir permiso. Tampoco hacía falta. Los ojos se me desorbitaron. Acabé en segundos, y luego de vuelta y después ella. La cama estaba inundada como afuera. Me hizo cucharita y me besó la espalda. Me encanta que me amen. Le apreté sus manos en mis tetas y empecé a calentarme de nuevo pero Roi se durmió. Fue ahí cuando lo vi.

El gato se posó en la ventana. Era peludo y gris. Me miraba desde

afuera y me pareció sensato dejarlo entrar. Estaba empapado. Se movía de un lado a otro. Roi no tenía mascotas, eso recordé. Debía ser un gato de la calle. El felino, cansado de insistir, maulló tan fuerte que Roi se despertó. Me mostró los dientes y desapareció.

Antes de salir, nos tomamos la pepa. La idea era ir a bailar. Roi me contó de qué se trataba el efecto. Yo le conté de mis pastillas por si había alguna contraindicación, ella me dijo que me quede tranquila, que todo estaba bien. También le hablé sobre mis mambos y ella me dijo “quizás con esto seas solo vos”. Yo la besé y creo que la lengua le tocó la campanita porque casi vomita. Sentí algo de vergüenza pero ella me empezó a hacer cosquillas.

Parece que el efecto podía llegar recién a la media hora. Juntas caminamos por calle 12 viendo los negocios cerrados. Roi hizo que se probaba unos zapatos frente a la vidriera de una zapatería y yo me reí. Un tachero nos dijo algo y le solté la mano a Roi. Me asusté. Ella se puso delante del taxi que parecía esperar pasajeros y me tiró encima del capó. Empezó a darme besos en la panza. Yo no pude soltarme. No quería tampoco. Levantó la cabeza y estalló de la risa. El tachero tocaba bocina y gritaba “policíaaaa”. El viejo encendió el motor, amagó a arrancar y pasarnos por arriba. Pero con Roi ya estábamos corriendo y saltando locas lejos de ahí. De fondo se escuchaban insultos. Ya estábamos peposas. No nos importaba nada.

Entramos en un bar. El Círculo, en la esquina de Plaza San Martín. Estaba lindo y vendían birra rica. Esa noche había canto bar. Aullaron algunas canciones de Soda Stereo y algún viejo rock más. Yo no soy de ese palo tanto, así que no podría precisar. La cosa que nos sentamos y todo se volvió caliente otra vez. Mi boca empezó a sentir muchas ganas de beber y beber, y nos clavamos pinta tras pinta. Estábamos en pedo pero no parecía.

Nos divertíamos contando los segundos de las canciones cada una. Las de Roi tardaban más. Ella aplaudía tres segundos más tarde. Nadie se daba cuenta excepto yo. Aunque debo confesar que la gente nos miraba raro desde antes de que pase lo que pasó. Después los tiempos se los

contábamos a los músicos. Yo al cantante y Roi al bajista. Su tema seguía terminando después; el mío antes.

En un momento pintó ir al baño y no resultó como en su casa. El alcohol lo teníamos en la cabeza. Roi se la dio con el inodoro cuando bajaba a chupármela y no pudimos evitar estallar de risa. Parece que alguien botoneó. Al toque entraron unos chabones. No los habíamos visto antes y tampoco entendimos qué hacían en el baño de mujeres. Nos sacaron de los pelos. Roi gritaba y yo veía cómo le daban la cabeza contra la pileta. En segundos, su nariz chorreaba a cantaros. Pero no les importó. Hasta que la desmayaron.

Roi ya no reía. A mí me dejaron ver primero, como una suerte de tortura. Me tenían agarrada de las manos. Un viejo puto me apoyaba y acariciaba mis piernas. Tenía el ganso parado el gil. Yo di vuelta la cabeza y amagué darle un beso. El bien estúpido puso la boquita y le escupí en la cara. Todo el pollo birrero y con maní le cayó por la nariz. Cómo lo disfrute. Pero no lo que siguió.

El patotonto me apoyó contra la pileta. Mi cara quedó aplastada sobre la sangre de Roi que parecía dormida. Le hubiese dado un beso pero el gil me empezó a pegar patadas en la cola y las piernas. Muy fuerte. Las canciones de Soda seguían sonando en el fondo, lejanas. No había nadie más en el baño.

En un momento, el patotonto pareció parar y me intenté estabilizar. Pero solo estaba tomando carrera. Me pegó más fuerte que nunca y mi cabeza chocó contra el espejo. Después, me contaría una amiga que nos encontró tiradas, que astillé el vidrio.

Antes, cuando mi cara dura estaba a punto de destruir el espejo, vi a la vieja con cara de tristeza. Yo pensé que lo estaba haciendo bien, que lo importante era intentar, mamá. Me estaba divirtiendo, me estaba enamorando. Por fin olvidaba al Kevin. Tengo derecho a salir, a conocer a una piba; que me muestre algo más, que me haga sentir. Que me haga sentir algo, mamá. Solo quiero sentir, no es tanto lo que pido. Amor, odio, alegría, tristeza. Lo que sea. A veces me parece todo exactamente lo mismo. Solo nombres de sentimientos. Ni esos golpes sentí vieja. No esos.

A Roi le partieron la nariz. Desde ese día se cortó, desapareció. No supe nada más de ella. Me gustaría volver a verla. Me quedé con su cara hundida en un charco de sangre y las guarangadas de los patovicas. Tortas, putas, comeconcha.

Me quiero quedar con tus ojos mientras buscabas el tesoro entre mis piernas, Roi.

FALSO AMOR PLÁSTICO

En una noche las cosas se pueden descontrolar organizadamente. Cuerpos, vino, todo tirado despreocupadamente sobre la alfombra del living y Valentín juntando los pedazos. Con los ojos bien abiertos, preparando las bolsas y los pozos. Valentín vive en una casa grande, heredada de sus padres ausentes, abajo del Cerro Uritorco. Cerca de la energía, los platillos voladores, el yoga, y en lo que él afirma ser el costado de la libertad; porque la libertad es otra cosa, dice: es practicar el amor en todas sus formas. Aún en las no practicadas,

Es su casa de verano en realidad, en la que se queda hasta fines de abril; es decir, que también podría ser su casa de otoño. Valentín es platense y tiene su propia filosofía de vida. Y no pasa como pasa con los pensamientos y la gente, y lo que se dice y luego cuesta poner el cuerpo. El cuerpo lo pone, sí que lo pone, para satisfacer su energía, que no le entra ahí y debe sacar y compartir; con alguien, con alguien, de a uno, de a muchos, solo quizás compartir con valentía y soledad.

En Capilla del Monte no hay nadie que no conozca a Valentín Núñez. Su casa se transformó en un lugar turístico; sus paredes rebalsan de promiscuidad, pero también de viva Valentín, valiente y asesino. En los cafés, en La Toma, en el Zapato, la gente regularmente habla de Valentín y discute, se pelea, se trenza. Los turistas no entienden al principio pero pronto se suman, toman posición, y la paz de un pueblo serrano se convierte en una pelea de borrachos.

Un grupo de jóvenes nació hace un año en el pueblo. Se llama La Valiente. Todos los días quince de cada mes, en el Dique El Cajón, hacen una fiesta, como la de aquella noche, para prepararse para el día de la redención.

Hay mariposas blancas por todo el lugar y eso es buen preludeo, dicen. Piedras grises y rojizas, en el dique que separa al Cajón en dos. Un chorro de agua potente sale de un tubo y moja un río inferior. Sierras bajas rodean El Cajón y las mariposas blancas se posan en los cuerpos de

los pescadores de la orilla. En todo el lugar, el silencio muere como un pez: se queda agarrado al anzuelo y no lo suelta.

Lo lindo de ir al Zapato es el dique. La piedra con su forma particular que podría ser otra, es el gancho. Lo que sí es cierto, es que se ve Capilla gigante y viva. No como arriba del Uritorco. Pero qué va, allí ninguna vista es fea. Mientras los integrantes de La Valiente, van acercándose a la pirámide pequeña, a treinta metros de un buffet y una feria de piedras, charlan de la energía, como si allí no hubiese otro tema posible.

La pirámide mide cerca de tres metros y se levanta entre las piedras camino de vuelta al Zapato. Una cerca lo protege. Una ventana con marco de madera aparece a la mitad. Es como un ventanal de baño. Los ladrillos de piedra gris están acomodados como un tetris bien prolijo. La base tiene un color ocre o mostaza. La cúpula parece un sombrero envuelto en aluminio. A su costado, hay un banco improvisado con tres piedras y como una base de otras y cemento para que algo aterrice. Todo es místico y burlesco a la vez, y suena de fondo un concierto de cigarras mientras la luna aparece en escena.

Una foto de Valentín luce en las piedras de aterrizaje. El vino, hace de agua bendita y cada comensal, se lava la cara en él, antes de empezar. También gritan, porque saben que nadie los escucha, saben que es quince de abril y es el día de la redención. Algunos turistas se sumaron al evento, sabiendo de la historia, de lo lindo que es ser libre, como viajar, como ellos, aunque no vuelvan, van a ser más felices que antes, que siempre. Todo es una fiesta, a oscuras, a la luz de la luna, con un viento leve y penetrante, en sus cuerpos desnudos y tibios, mojados por el vino, dulces y pegajosos.

Todos intentan llegar al orgasmo tan deseado y la cara que se aparece en ese breve júbilo es la de Valentín, que nadie sabe dónde está desde esa terrible noche, quizás alentándolos, entonces repiten su nombre. Sus gemidos tienen sus sílabas: VA-LEN-TÍN. En el final, levantan el vino mayormente adulterado y lo beben, para pasar una noche en silencio, después de tanta joda. Ya habrá tiempo para que otros levanten sus fotos en el año entrante.

Tomas y Guillermina, viven en el centro del pueblo, cerca de la calle techada. Hace dos años que están juntos y no piensan tener hijos. Eso dicen, porque creen que es lo que la gente quiere escuchar, porque Tomas quiere tener un pibe en realidad. Nunca lo hablan, pero es de esos que en el supermercado se queda mirando la góndola de los pañales. Con Valentín se conocen de la Secretaría de Turismo, ahí laboraron juntos dos años, en los cuales Valentín se cansó de La Plata y probó con muy poca suerte, vivir en Capilla; les quedó un llamadito una vez por semana en el año y alguna noche donde se juntan a comer en la casa de Valentín en el verano.

Guillermina admira al amigo de su novio; en las juntadas le pregunta que cómo es eso de amar libre, lo jode, debes coger con todo el mundo, le dice, y lo penetra con la mirada, onda acá estoy, yo también quiero. Pero sabe, es un tema que nunca podrá hablar con Tomas, más familiar, más dragones y palacios.

Guillermina va entusiasmada a la fiesta en la casa de Valentín; se baña, se pone todas sus cremas, su shampoo caro para ocasiones especiales, se lava los dientes dos veces, después se echa enjuague bucal, se plancha el flequillo y se deja los demás rulos sueltos. El vestido es rojo, como su ropa interior. No está desapercibida, pero tampoco entregada. Sabe que va con Tomas aunque quisiera ir sola y que va también otra pareja amiga. Lo que no sabe es si toda esa preparación va a rendir sus frutos.

Esa noche del 15 de abril, una tormenta bajó de los cerros y se quedó ahí, cerca del río o abajo, pero no afectó la juntada. Se veían los relámpagos destruir el cielo, enorme y entero, con las puntas de los cerros molestando a las estrellas. Valentín cocinaba un pollo al horno con papas, batatas, cebolla, limón, caldo de sopa de verdura, ajo, un poco de vino, mientras se tomaba una copa. La casa lucía elegante y adolescente; el sillón dormía suave, cubierto con una manta llena de conejitos abrazados.

Valentín pensó cada movimiento, como un amor librense experto y un viejo asesino. Sabía que iban a llegar a las diez de la noche, se iban a reír dos minutos de su cuadro; un cuadro alto en el comedor, nuevo, con la

imagen de un desierto de testículos o de testículos planetarios, digamos, un foco absoluto sobre el sexo, el suyo, y todos carcajearían y Valentín se pondría incómodo y seguro de sí mismo, para hacer lo que quiere hacer.

Los primeros en llegar son Francia y Santiago, ambos amigos de la escuela de Valentín en La Plata pero desde hace algunos años viviendo en las sierras. Increíblemente todavía juntos después de diez años, de idas y venidas, de amoríos en el medio, adelante, atrás, y con ganas de irse de ese pueblo, que los atrofia, los estanca, los hace pelear; los cansó, volverían como volvió Valentín y nunca más lo pisarían: es todo culpa de ese pueblo porque de ellos no es.

Francia es la torre Eiffel y poco más. Su altura pasa por mucho el promedio femenino y es producto de cargadas constantes: su novio le dice garza, jirafa, Frankenstein- este es el que menos le gusta-. Si fuese por su hermosura, no quedaría en deuda pero tampoco es de esas que las miras dos veces por la calle. Santiago, en cambio, es mucho más que una altura: Francia dice que es un estúpido completo, un ganga, un gato bárbaro, de esos que hablan de lo que nunca hicieron ni tienen huevos para hacer. Que su pinta lo ayuda con el discurso, que es el lindo de nadie, solo de él. Ya ni ella se lo aguanta. Pero lo va a tener que hacer para siempre.

En Santa María de Punilla todo creció. Los negocios explotan al costado de la ruta en el valle. Lo mismo sucede en Cosquín. Salvo que una ruta nueva hace escapar de esas novedades. El camino a La Falda bordea el Río Cosquín, transitando bajo los árboles, con las sierras vistas de reflejo. Pasó un año desde la última vez que vine, piensa Valentín, y todo floreció.

Valentín percibió cómo las afueras de los pueblos no evitaban la desigualdad de las ciudades; hasta parece más escandalosa, pensó. Palacios enormes y campos de golf, con quintas al lado de lagos y ríos, comprando absolutamente todo, no dejando nada para nadie; y ranchos de chapa y tierra y caras tristes con hijos felices: los niños juegan siempre

con la vida aun en el hambre, aun tan cerca de la muerte, pensó Valentín.

Al pasar por Casa Grande, Valle Hermoso y luego La Falda, interiorizó que, puede haber algo fálico en el hecho que las sierras le gusten cada vez más grandes. Por eso las altas cumbres y ese deseo de siempre volver o ese amor a la cordillera. Anotó en su cuaderno:

Valle Hermoso parece haber crecido desde los bordes pero menos: en un kilometro de camino, se termina. La Falda sí es otra cosa. Creció muchísimo. El turismo nutre a estos pueblos. Luego vendrá Huerta Grande, Villa Giardino y el rezongo por los semáforos; La Cumbre, Los Cocos y casa.

Capilla del Monte tiene magia. No se explica si no cómo es que siempre esté volviendo- más allá de tener una casa-. Sus historias de Ovnis y todo tipo de energía, desbordan las calles de tierra que van hacia el Uritorco. Párrafo aparte: cada vez queda menos de ese mágico e imponente cerro. Emprendimientos privados han comprado hasta el agua y los animales. Ni el aire se termina de disfrutar. Hay olor a billete. Sucio, siempre. Pero no dejas de estar a metros del Calabalumba o lo poco que queda de él y abajo de los cerros; en las nubes, que a veces te mojan y no pareciera caer del cielo.

El centro del pueblo está igual que siempre. En la calle techada suenan las bandas y sus covers. Desde rock hasta cuarteto. Los locales muestran los souvenirs de marcianos; verdes y flacos. Remeras, gorras, tazas. Todas las hierbas también están en la feria de la plaza San Martín, con el Cerro Macho vigilando atrás. Aros, collares. De plata, de hilo. Mates. Pastas naturales para los dientes. Chapas con tus ídolos. También está el que dibuja caricaturas.

La venta de comida: se pusieron de moda los tacos. Por suerte importamos cosas latinoamericanas. Waffles, también salados. Algunos hippies tocan la guitarra por unos pesos. Son tantos los que eligen, porque podrían no hacerlo, vivir con lo justo. Es una posición ante la vida, no solo ante el viaje. Capilla del Monte es pura magia, es así. La gente de acá es inconfundible. Es el prototipo de hippie. Súmale a los Ovnis y esa movida. Es pura energía. Pantalones y remeras largas violetas o verdes,

algún bolsito o riñonera. Unas rastas y unas canas que decoran el pelo largo y ondulado. Las sonrisas son perfectas. Pero tanta paz parece mentira en un mundo de plástico que no se escapa. Ni aun queriendo se escapa.

Los ojos de Valentín y Guillermina no dejan de buscarse. Mientras, Tomás se fuma un cigarrillo en el patio con Francia. Le pregunta por Santiago, por su infumable personalidad y su aguante. Ella dice que con el tiempo una se acostumbra a la mierda: que la puede decorar, cambiar de lugar y todo parece mejor, mejor que el miedo de probar algo nuevo.

Francia luce segura, solo mira para abajo para golpear el pucho y vuelve a levantar la cabeza; las estrellas parecen pintadas y sus uñas rojas empalagan la vista. Tomas mira por la ventana, hacia dentro, como todos los demás escuchan a Valentín hablar de sus hazañas sexuales. Tomas no le cree, no tolera en realidad su libertad, su discurso de telaraña, y maldice el día en que cada verano decide venir, por qué no se queda allá, lejos, disfrutando su libertad emocional y la responsabilidad y todo eso, no acá, no cerca de Guillermina, cada vez más cerca, hasta que decide entrar y quemar tanto caramelo.

Francia aguanta sola, cuanto más tiempo así, mejor, más lejos de Santiago y sus anécdotas improbables. Sus miedos a quedarse solo, a quedarse sola, a terminar de una vez para siempre con todo. El pollo estuvo delicioso, solo le queda a Valentín tirar un poco de cianuro en cada vaso de vino y todo terminará por fin, para quienes no aguantan más; Valentín no aguanta más las ganas.

Antes de hacerlo, cuenta de su aventura en La Toma, en las ollitas que se encuentran subiendo los cerros. Donde el río se hace más ancho y fuerte y se forman piletas a partir de pequeñas cascadas. Se dice que uno que subió al Uritorco volvió con fiebre producto de la insolación, cuenta. Tuvo que ir al hospital para que lo inyecten. Pasa que, en esas tres horas de subida y unas menos de bajada, no hay sombra.

-Un chico se tiró desde una piedra enorme en zapatillas. Debe ser

un salto de cinco metros el del piletón natural —contó Valentín. Él también quería tirarse pero la lluvia arruinó su plan. Pensaba seguir subiendo. Le habían dicho que más arriba se formaban piletas cada vez más grandes y eso le encanta. Pensó que nada podía detenerlo. Pero la lluvia es con frío, de esas tormentas imprevistas e innecesarias, con nubes besándote la boca de lo bajas que están. Como lo hacen los chicos a los vasos y el vino baja por la escalera de su garganta y todo se pone azul como ese cielo antes de llover, un día atrás en la aventura fallida de Valentín, y todo es ahogo, y tos y vómito. Puro ruido y Valentín es silencio. En un rato será él todo ruido y el resto silencio.

Los cuerpos yacen en el piso. Cada órgano, cada vena, arteria, brillan en la muerte primera, en la iniciación de todo. Valentín cuidadosamente desnuda sus ropas y los acomoda, los amontona, para empezar, para luego él sacarse todo y lamerlos, sentarse arriba, abajo, al costado, y amarlos a su manera de amar. Los ojos estallan de sorpresa, aun en la muerte, y las bocas también y sus sexos, se rompen, se quiebran. Valentín acaba de ensuciar toda su casa, acaba mucho, tantas veces como las vidas que había ahí. En todo el lugar solo hay un olor dulzón, pegajoso; nadie podría hablar de muerte todavía, no de la física, de la material, allí murió otra cosa.

INDICE

Acecho.....	pág 7
La mirada de los perros	pág 13
Río Ancho.....	pág 19
Ping-pong	pág 21
Misa eterna.....	pág 29
El regalo del sol.....	pág 36
El maniquí.....	pág 38
El sillón con olor a perro	pág 44
Reiki	pág 47
Tigra.....	pág 50
Falso amor plástico	pág 54

IMPRESO EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2021
POR LA EDITORIAL MUNICIPAL CHIVILCOY

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY